

Juan Pablo II
El joven
que llegó a Papa

Miguel Álvarez



Director de la colección: Miguel Álvarez

© 1999 by Miguel Álvarez y

Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: AGE-Fotostock, Getty images

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Novena edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-218-4308-6

Depósito legal: M-7644-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Pedro J. Gimeno

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 3 |
| 1 Una familia polaca | 5 |
| 2 El joven Wojtila | 13 |
| 3 Cuando estalló la guerra | 21 |
| 4 Durante la ocupación nazi | 25 |
| 5 Mi verdadero camino | 31 |
| 6 Ordenación sacerdotal | 35 |
| 7 Una parroquia rural | 45 |
| 8 Apostolado universitario | 49 |
| 9 Catedrático de universidad | 53 |
| 10 Del remo al timón | 57 |
| 11 La llamada del Concilio | 61 |
| 12 Arzobispo de Cracovia | 65 |
| 13 Cardenal en dos cónclaves | 69 |
| 14 ¡No tengáis miedo! | 75 |
| 15 Un oficio bien aprendido | 79 |
| 16 El sacerdote es el mismo Cristo | 85 |
| 17 Por los caminos de la tierra | 89 |
| 18 El Papa del hombre | 93 |
| 19 Una brecha en el muro | 99 |
| 20 Un atentado en San Pedro | 103 |
| 21 Una promesa de Fátima | 107 |
| 22 La búsqueda de la unidad | 113 |
| 23 De un extremo a otro del globo | 119 |
| 24 Un joven-viejo y un viejo-joven | 127 |
| 25 El último bastión | 133 |
| 26 Un aniversario en plena marcha | 137 |
| 27 El gran Jubileo: un año de emociones | 141 |
| 28 En silla de ruedas | 147 |
| 29 El último viaje | 153 |

*A Marisa, mi mujer, y a toda la gente
joven de mi familia, este ejemplo de juventud
bien empleada.*

Prefacio

«A últimas horas de la tarde del 16 de octubre de 1978 la chimenea de la Capilla Sixtina dejó escapar finalmente una humareda blanca, pero nadie sabía aún que aquel humo era el de un cañonazo.»

A mí siempre me ha gustado este comentario de un ilustre escritor francés, André Frossard, sobre la elección de Juan Pablo II. Ahora todos sabemos lo que quería decir: el pontificado de este papa ha removido la Iglesia, ha elevado su espiritualidad, ha llevado el mensaje evangélico hasta el último rincón de la tierra y su «cañonazo» ha cambiado la historia demoliendo el muro de las ideologías que dividía el mundo, incluso físicamente como en Berlín. Nada ha sido igual después de su llegada.

Pero aquel lunes de octubre sólo pudimos conocer la asombrosa noticia de que el nuevo pontífice era polaco: el primero de ese país que llegaba a la sede de Pedro y el primero no italiano después de 456 años. Se trataba del cardenal arzobispo de Cracovia, Karol Wojtila, con sólo cincuenta y ocho años, una edad extremadamente joven para un papa. Todos se preguntaban quién era este hombre venido del Este para ocupar la cátedra de Pedro. Y eso es lo que os quiero contar.

Una familia polaca

Un hombre y un niño pasean por la orilla del Skawa. Es el río que pasa por Wadowice, una pequeña ciudad polaca, situada a unos 50 kilómetros de Cracovia, la antigua capital de la nación. Van charlando animadamente. Ambos se llaman igual, Karol Wojtila, son padre e hijo. Corre el año 1930.

—Lolek, tú naciste cuando Polonia resucitó. Por poco eres austríaco. Es un decir, porque siempre hemos sido polacos, aunque hayamos estado repartidos, desde el siglo XVIII, entre nuestros vecinos Rusia, Prusia y Austria.

El padre es un hombre inteligente y culto, callado y silencioso, que, sin embargo, rompe a hablar largamente cuando aborda la historia de Polonia o de la Primera Guerra Mundial, en la que ganó la cruz de hierro al mérito, por su valor, luchando como suboficial del Ejército imperial austríaco, al que se había incorporado en 1900 cuando tenía veintiún años. Atrás quedaron su casa campesina y sus padres labriegos en la aldea de Czaniec.

Lolek escucha atentamente a su padre. Le gusta oírle las historias de su nación, antigua y nueva a la vez. Tan sólo hace doce años que alcanzó la independencia.

Karol tiene ya diez años, es rubio, de cara redonda y ojos eslavos. Guarda un gran parecido con su madre, Emilia Kaczorowska, tal como se la ve en la fotografía que cuelga junto a su cama: una joven de serena belleza, con unos ojos negros en los que brilla una cierta tristeza.

Emilia no gozó nunca de buena salud. Cinco años menor que su marido, tuvo su primer hijo a poco de casarse, en 1906, al que pusieron por nombre Edmund. La muerte de su única hija Olga, a poco de nacer, la hizo sufrir mucho. Se consolaba con el pequeño Karol —Lolek—, nacido catorce años después del hermano mayor. Le solía pasear por los jardines cercanos a su casa con extraordinario orgullo. Un día dijo a una vecina:

—Ya verás cuando Lolek crezca; será un gran hombre.

No llegó a verle cumplir los nueve años ni hacer la primera comunión. El 13 de abril de 1929, Karol estaba en la escuela y allí le llegó la terrible noticia: su madre había muerto de un ataque al corazón, con sólo cuarenta y cinco años. El dolor anida en su pecho de huérfano y no brota en un poema hasta diez años después:

*Sobre tu blanca sepultura
florece blancas flores de vida...
¡Oh, cuántos años han pasado sin ti...
cuántos años!*

Más tarde, ya Papa, lo recordaba muy vivamente:

Aún no había llegado a la edad de mi primera comunión, cuando perdí a mi madre, que no tuvo la dicha

de ver el día que con tanta ilusión esperaba. Mi madre quería que un hijo fuera médico, y el otro, sacerdote. Mi hermano Edmund fue médico y yo, con el tiempo, me hice sacerdote.

Aquel día, padre e hijo siguieron paseando por la orilla del río, hasta alejarse del pueblo. Se sentían solos. Hacía sólo un año que la madre, la esposa, les había dejado. Y Edmund, Mundek como le llamaban, acababa de marcharse a Cracovia para estudiar medicina.

El padre insistió con su lección de historia, tan importante para un polaco, cuya nación sólo se ha mantenido unida por el lazo de la religión católica. Al Este y al Oeste, ortodoxos y luteranos les flanquean.

En aquel país, las continuas revueltas habían sido inútiles. La independencia sólo se pudo alcanzar por el derrumbamiento de sus vecinos. Y esto ocurrió en la gran guerra europea de 1914.

—Precisamente, el 18 de mayo de 1920, el mismo día que tú naciste, el mariscal Pilsudski fue recibido triunfalmente en Varsovia, nuestra nueva capital, por su victoria sobre el Ejército soviético. Ya sabes que la guerra europea nos devolvió la libertad en 1918, al desmoronarse el imperio austrohúngaro y también el de los zares.

—Pero Rusia se convirtió en la Unión Soviética.

—Sí, Lolek, y los comunistas nos declararon la guerra inmediatamente, porque no querían nuestra libertad. Los rechazamos, pero, cuando tú ibas a cumplir tres meses, volvieron a atacarnos. Era el día de la Asunción, el 15 de agosto de 1920. Llegaron hasta Varsovia, y el mariscal los

detuvo de nuevo a orillas del río que divide la capital. A esa victoria definitiva se la llamó «el milagro del Vístula». Una vez más la Virgen nos amparaba.

—¿Como en los tiempos antiguos? —le pregunta Karol, para tirarle de la lengua, porque bien sabe cómo le gusta a su padre relatar estas historias.

—Sí, como en el siglo diecisiete. En la época que llamamos «el diluvio», los suecos nos inundaron, invadieron todo el país. Sólo, como una isla, quedó el santuario de Jasna Gora —la montaña luminosa—, de Czestochowa, que guarda a la Virgen Negra. Los pocos caballeros que se guarecieron con los monjes derrotaron a los suecos y acabaron salvando al país. Esa batalla fue en la Navidad de 1655. Un verdadero milagro. De ahí nuestra gran devoción a nuestra Madre y Reina de Jasna Gora.

El sol empezó a ponerse sobre las montañas Beskidi, en las estribaciones de los montes Tatra. Era hora de regresar. Volvieron a la ciudad y llegaron a la calle de Koscielna —la calle de la iglesia— donde tenían su hogar. Era un piso pequeño, alquilado a una familia judía, con cocina y dos habitaciones: el dormitorio y el salón.

Padre e hijo tenían sus camas en el dormitorio, adornado con el sable paterno colgado en una pared y una imagen de la Virgen en la otra. Desde la ventana se veía la parroquia de Santa María y su reloj de sol, con esta inscripción: *Tempus fugit, aeternitas manet*, el tiempo huye, la eternidad permanece.

Los toques de las campanas marcaban el ritmo: el trabajo y el juego. A veces, en el amplio salón, padre e hijo se aventuraban a jugar al fútbol con un balón de trapo.

—Ponte de portero. ¡Vamos, me dicen que eres un buen portero! Y que casi siempre juegas en el equipo judío.

—Es que son menos.

—Me parece muy bien, pero ¡a ver si paras éste!

Después, el padre preparaba la cena. Él se encargaba de todo. Dirigía el hogar, cuidaba la ropa, preparaba el desayuno y una cena ligera, porque el almuerzo lo solían hacer en el pequeño restaurante Banas, a unos cuantos portales de su casa. El hijo de Banas era condiscípulo de Karol y solían quedarse a jugar después de la comida.

En mayo de 1930, Edmund acaba su carrera. A sus veinticuatro años es un chico encantador e inmensamente popular. Karol y su padre viajan a Cracovia para asistir a la solemne entrega del título de médico, que se celebra en la majestuosa sala del Collegium Maius de la Universidad Jagellónica. ¡Qué maravilloso le pareció todo a Karol! ¡Qué alegría la de su padre!

—Vamos a celebrarlo yendo de peregrinación a Czes-tochowa.

Y marcharon a la ciudad de la Montaña Luminosa, Jasna Gora, donde se eleva el monasterio que guarda el icono de la Reina de Polonia, ennegrecido por el tiempo, que el joven Wojtila ya nunca pudo olvidar.

Poco más de dos años después, la desgracia golpea de nuevo a la familia. Edmund trabajaba como médico residente en el hospital municipal de Bielsko. Una terrible epidemia de escarlatina se abatió sobre la región. El doctor Wojtila estaba de guardia día y noche: su desvelo era

constante. Trabajó siempre con buen humor, hasta que la muerte le llegó también a él, el 4 de diciembre de 1932, a los veintisiete años.

El día que recibieron la noticia, una vecina ve a Karol de pie, solo y triste, en la puerta de la casa. Emocionada, le abraza y le besa:

—¡Pobre Lolek, has perdido a tu hermano!

El muchacho, de doce años, la mira con seriedad, y dice simplemente:

—Es la voluntad de Dios.

Solos, definitivamente, se quedan el padre y el hijo, cuyos lazos se estrechan más. Son inseparables. Van juntos al cine, a la iglesia o a comer a la acostumbrada fonda de Banas. En los atardeceres hacen juntos largas caminatas, hablando unas veces, otras disfrutando en silencio del paisaje espléndido de montañas y valles que les rodea. Más adelante diría:

Mi padre era admirable y casi todos mis recuerdos de infancia y de adolescencia se refieren a él. Los violentos golpes que tuvo que soportar abrieron en él una profunda espiritualidad, y su dolor se hacía oración. El mero hecho de verlo arrodillarse para rezar tuvo una influencia decisiva en mis años de juventud.

También el padre tenía el don de la palabra oportuna. En la escuela, el profesor de religión y párroco de la iglesia de Santa María, el padre Figlewicz, puso a Karol al frente del grupo de monaguillos. Sin embargo, no era muy asiduo a las reuniones. Su padre se dio cuenta y le dijo un día:

—No eres un buen monaguillo. No rezas lo suficiente al Espíritu Santo. Debes rezar más.

El propio Karol lo recuerda:

Y me enseñó una oración. No la he olvidado. Fue la lección espiritual mayor, más duradera y más fuerte de todas las que haya podido sacar a consecuencia de mis lecturas o de las enseñanzas que he recibido.